



Luigi Giussani

Prólogo de
JESÚS CARRASCOSA

EE
ENCUENTRO

BOLSILLO



HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA

Libros de bolsillo
83

LUIGI GIUSSANI
Huellas de experiencia cristiana

Prólogo de
Jesús Carrascosa

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-553-3



Título original

© 2009

Ediciones Encuentro, S.A., Madrid

Traducción

Jesús Carrascosa

Nueva revisión

José Miguel Oriol

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - www.o3com.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Ramírez de Arellano, 17-10.^a - 28043 Madrid

Tel. 902 999 689

www.ediciones-encuentro.es

*Para encontrar a Cristo debemos, pues,
ante todo plantear seriamente
nuestro problema humano.*

PRÓLOGO

a la presente edición

Han pasado treinta y un años desde que logramos publicar este primer libro de Ediciones Encuentro. Cuántas dificultades para iniciar esta nueva editorial en la que mis amigos José Miguel Oriol y Carmina Salgado arriesgaron a fondo energía y patrimonio. Recuerdo que todo eran complicaciones para la publicación, de modo que tardamos varios meses en poder disponer del primer libro, que era precisamente éste. Yo, que era el encargado de ventas, no teniendo libros que vender, dedicaba mi tiempo a la traducción de *Huellas de experiencia cristiana*. Traducción que Oriol tuvo que pulir y adecuar al castellano, para que la terminología de Giussani pudiera ser comprensible al público español. Tengo que decir que las dificultades eran arrolladas por el entusiasmo desbordante que teníamos y que el reciente encuentro con Giussani había potenciado todavía más.

Mientras traducía *Huellas*, yo no me podía imaginar que, un año más tarde, cambiaría de trabajo pasando a la enseñanza en el *Colegio Arturo Soria* de Madrid. Recuerdo que aquella decisión fue consecuencia de una conversación con don Giussani en uno de sus viajes a Madrid, en la que yo le contaba mi desánimo por la dificultad que encontraba a la hora de iniciar el Movimiento Comunión y Liberación en España trabajando como vendedor de libros por las librerías. Recuerdo que Giussani me dijo: «Y, ¿por qué no haces como hice yo? Yo empecé enseñando religión en un instituto de Milán y de allí nació todo lo demás». Yo ya tenía cuarenta años y enseñar en un colegio nunca me había interesado, pero enseñar religión me revolvía todo. Recuerdo que cuando Giussani me hablaba su propuesta me parecía razonable, pues si quería empezar el Movimiento como él, me parecía lógico hacer como él había hecho. Y me fui a enseñar a un colegio de niños bien... Allí surgió el primer grupo de jóvenes de CL.

Yo no tenía ni idea de enseñar a chavales adolescentes y mucho menos la asignatura de religión, que gozaba no sólo del prejuicio, sino del juicio de ser un rollo patatero y una «maría» intrascendente. El libro *Huellas de experiencia cristiana* constituyó una herramienta fundamental para presentar el cristianismo no como una propuesta más, sino como la propuesta más razonable y más pertinente para la propia realización y felicidad. O mejor aún, *Huellas* no sólo tiene el valor de la propuesta, sino también el del método. En Giussani propuesta y método son totalmente complementarios e inseparables. No puede funcionar la una sin el otro. Recuerdo que una vez, cuando yo le hablaba de la sintonía que había percibido en un determinado Cardenal me dijo: «Esperemos que tenga

también el método, porque la propuesta es como la meta y el método, el camino para alcanzarla. Sin método no hay camino y de ese modo la propuesta sólo sirve para desanimarse más todavía. Ésta es la razón de que haya tantos cristianos tristes, pues cuanto más atractiva es la propuesta más desesperante resulta no saber o no poder alcanzarla». Esta cuestión de la propuesta y el método me aclaró muchas cosas. Comprendí la importancia de grandes figuras que todavía hoy son como el humus que alimenta y fecunda la tierra de la Iglesia; Giussani mismo nos los dio a conocer: los De Lubac, Guardini, Balthasar... Pero Giussani tenía además el método y por eso creó un Movimiento. Un Movimiento para tiempos arduos por los ataques de fuera, de la sociedad, y también por las incomprensiones dentro, donde predominaba el dualismo que sociológicamente se manifestaba en un binomio extremo: espiritualismo o temporalismo (el entonces llamado compromiso temporal) que en Italia se teorizaba como *opzione religiosa*. De ahí que la postura que implicaba una concepción unitaria del cristianismo, una fe unida a la razón y a la vida fuera juzgada, condenada y combatida como integrismo.

Mi mujer, Jone, y yo tuvimos la suerte —porque aceptamos irnos a Milán para publicar una revista clandestina, llamada *Liberación*— de conocer personalmente a Giussani y al Movimiento de CL que crecía en torno a él. El planteamiento de *Huellas*, que son unos folletos con lo que él explicaba el cristianismo en clase a sus alumnos, posteriormente publicados como libro, yo lo conocí en vivo en los dos años y medio que mi mujer y yo estuvimos en Milán. Aquello era una cosa que no tenía nada que ver con el catolicismo oficial y militante que yo había conocido, vivido y abandonado en España. Ver adolescentes, bandadas de muchachos, alegres, sin complejos, comprometidos en sus colegios o ver a los universitarios comprometidos en la universidad, es decir, comprometidos con lo que estudiaban y con quienes se encontraban, afrontando los problemas como cristianos, era para nosotros algo totalmente nuevo.

En realidad los Oriol y nosotros nos encontrábamos en una situación favorable para este encuentro. Nosotros habíamos vivido una experiencia anarco-cristiana (si se puede llamar así) única. Teníamos y conservábamos una gran capacidad para vivir un ideal, hasta el punto de dejarlo todo y vivir, porque así lo queríamos, diecinueve años en una chabola de treinta y dos metros, hasta que se hizo la famosa expropiación de Palomeras en Vallecas. Allí, y sobre todo trabajando en la Editorial ZYX, donde todo era de todos, donde vivíamos a nivel de laboratorio el ideal: «De cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades». La belleza del ideal anárquico-libertario se venía abajo, porque todos los grandes ideólogos eran roussonianos y no se habían planteado el problema de que no se puede cambiar la sociedad sin cambiar al hombre. Y ¿quién puede cambiar al hombre para así poder construir un mundo más humano?

A mí me sorprendió muchísimo oír hablar a Giussani con aquella certeza y pasión de Cristo y del cristianismo. Lo llamaba el Acontecimiento, es decir, algo totalmente inesperado, inimaginable. Que lo que la razón busca como deseo último de verdad, de

bondad, de belleza, de justicia, de libertad, en una palabra, de felicidad total, se hubiera hecho hombre, era una cosa del otro mundo en este mundo. Pero no se quedaba ahí, porque el problema de Cristo no sólo es de revelación, sino de permanencia. Los apóstoles le pudieron conocer hace dos mil años, pero Giussani se planteaba con la máxima racionalidad la pregunta: ¿Cómo encontrar a Cristo hoy? Te impactaba oírle hablar de la contemporaneidad de Cristo, que se hacía presente a través del signo inconfundible, porque es imposible sin él, de nuestra comunión: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros como yo os he amado» (cf. Jn 13,35). Yo reconocía en ellos la conveniencia de una vida así, atractiva, porque la gente del Movimiento que yo conocía en Milán vivía una dimensión comunitaria y una amistad increíble. Una vez me comentó don Giussani que había prometido repetir siempre dos frases del Nuevo Testamento: «Quien me sigue tendrá el ciento por uno en esta vida y después la vida eterna» (cf. Mt 19,29-30 y Lc 18,19-30). ¡En esta vida! Increíble. Yo nunca había oído presentar el cristianismo así. En lo que yo conocía prevalecían los aspectos del sacrificio, la renuncia, la otra vida... Pero ¿aquí? La fe era reconocer una Presencia, que continúa presente y que es lo único capaz de llenar nuestro corazón hecho para el todo, porque sólo Él es todo y por eso es posible nuestra realización y plenitud. Oyendo y viendo estas cosas yo comprendía la situación de nuestro cristianismo acomplexado y que en el mejor de los casos sólo servía para inspirarse o como mediación para otra cosa: eran los tiempos de «cristianos por el socialismo» y de la «teología de la liberación». Era un cristianismo adjetivo y no sustantivo: cristiano y punto. Entonces me di cuenta que había encontrado lo que mi razón y mi corazón deseaban y de que ahora sí que valía la pena dar la vida por el ideal —el ideal describe la medida de lo humano que hay o no hay en nosotros—, que ya no era una idea, por bella que ésta pueda ser, sino la Presencia de alguien que llena y cambia nuestro corazón. Anunciar con mi vida, con mi experiencia el Acontecimiento de Cristo: comprendí que no sólo valía la pena, sino que reventaba si no lo hacía.

La otra frase que el Gius me había aconsejado repetir siempre era ésta: «Quienes habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo, ya no hay ni judío ni griego (la gran división política de aquella época), ni esclavo ni libre (la gran división social), ni hombre ni mujer (la gran división cultural), pues todos sois uno en Cristo Jesús» (cf. Ga 3,27-28). He aquí la tensión comunitaria y de amistad verdadera que late en todo hombre que todavía no haya sido alienado por la mentalidad dominante del poder. Nosotros manteníamos vivísima esta dimensión comunitaria, de hecho nuestras casas, humildísimas chabolas entonces, eran lugares de encuentro y de propuesta comprometida. La dimensión comunitaria que se explica en el libro de *Huellas* yo la he visto, la he encontrado encontrando a CL. Yo la había verificado y tenía clara conciencia de una amistad increíble con Cristo que llena el corazón del hombre en una experiencia de correspondencia total.

Cuando iba a clase lo hacía con unas ganas enormes de comunicar lo que yo había

encontrado y estaba siguiendo. Porque el método de la vida —no sólo del cristianismo que es vida— es un «encuentro» que impone el método del «seguimiento». Giussani contaba que la primera vez que subió los cuatro escalones del Liceo Berchet pensaba que lo hacía para que aquellos chavales pudieran encontrar a Cristo como él lo había hecho gracias a algunos profesores. Yo, cuando llegaba al colegio, me gustaba recordar ese episodio de los cuatro escalones y eso me ayudaba a entrar yo con las mismas ganas que tenía el Gius. Debo decir que, en uno de los tres colegios en los que enseñé, el delegado episcopal de enseñanza me advirtió que no debía hacer proselitismo. Recuerdo que yo le pregunté si lo que había hecho Cristo había sido proselitismo o anuncio y misión, y le dije que yo quería hacer lo mismo. Y eso hice.

Cuando fui a enseñar, a mis cuarenta años, me vinieron a la mente dos o tres profesores que yo había tenido en el colegio de los jesuitas de Gijón. Sobre todo uno de ellos que en un período muy difícil de una adolescencia turbulenta me supo acompañar y valorar en un momento que nadie daba nada por mí. Yo había conocido un par de profesores que no sólo eran enseñantes, sino maestros, verdaderos educadores. Sentí entonces una enorme gratitud hacia ellos; de grande comprendí lo que no había entendido de muchacho, y sentía pena de no haberles dicho nunca gracias; y sentí ese deseo de la vocación educativa que da la máxima dignidad a la vida y a la tarea. Pensaba en aquellos maestros y quería conservar su actitud respecto a los alumnos, el deseo de dar la vida por ellos, pero al mismo tiempo me sentía más afortunado por la conciencia que me daba el encuentro con Giussani, es decir, su propuesta, su método y su capacidad educativa. Por eso no podía limitarme sólo a dar clase. Para mí la clase era una ocasión —a través del atractivo, que es la ley del conocimiento— para iniciar y crecer en una relación con mis alumnos. Mis fines de semana eran para ellos y al principio Jone me acompañaba a las excursiones y convivencias en las que a través de la diversión —si no se divertían no volverían— sucedía frecuentemente el milagro del encuentro que generaba una amistad increíble que después continuaba en la universidad y se prolongaba en la vida adulta.

Si hace treinta y un años —impresiona pensarlo, en este caso por su belleza— publicábamos este libro por su pertinencia frente a un catolicismo enfermo de gravedad por el dualismo (separación de fe-razón incapaz de generar una cultura; separación fe-vida, no sólo incapaz de hacer más atractiva y bella la vida, sino capaz de hacerla más pesada e insoportable por el moralismo), que es la verdadera amenaza —una especie de cáncer mortal—, hoy su actualidad se ha incrementado, porque aquel dualismo ha llevado del espiritualismo y moralismo conservador o «progre» al relativismo radical y al nihilismo. El nihilismo se manifiesta como pasotismo (antes de la democracia no existía este término), apatía, alienación. Hoy esta enfermedad de la apatía-nihilismo es más grande que nunca.

Concluyo con una última observación que he experimentado en propia carne: me refiero a la dimensión carismática de Giussani. Él definía el carisma como alguien que ha sido tocado por Cristo de una manera más persuasiva, más incisiva y más pedagógica,

generando una experiencia que quien la sigue participa también él de esa persuasividad, incisividad y pedagogía. Enseñando, yo me daba cuenta que era mucho más eficaz cuando explicaba estas cosas que aprendía con Giussani, ciertamente a mi modo, que cuando me iba por mis cerros de Úbeda.

Cuando yo empecé a enseñar sólo disponíamos de este libro y de algunos ciclostilados con algunas lecciones de Giussani en la Universidad Católica de Milán. Me acuerdo de las tres premisas con las que comienza *El sentido religioso*: Realismo, Razonabilidad y Moralidad. Hoy está publicado todo. Auténtica obra de arte es el *Curso Básico de Cristianismo*, constituido por la trilogía: *El sentido religioso* —la filosofía que llega a las preguntas últimas con la máxima racionalidad—, *El origen de la pretensión cristiana* —formidable cristología, que plantea y resuelve el problema de Cristo hasta desatar el entusiasmo por él— y *Por qué la Iglesia* —la eclesiología, que estudia el problema de la continuidad de Cristo en la historia; y éste es el significado de la Iglesia—. Todo un arsenal para comprender y profundizar la propuesta y el método cristiano. Unamuno decía que había dos tipos de libros: los de leer y los de comer. Estos últimos son esos libros que se subrayan, y que se vuelven a leer y releer porque alimentan la propia existencia. *Huellas de experiencia cristiana* es uno esos.

Jesús Carrascosa
Noviembre 2009

NOTA DEL EDITOR a la presente edición

La presente edición propone de nuevo un texto fundamental de Luigi Giussani, *Huellas de experiencia cristiana*. Fue el primer libro publicado en Ediciones Encuentro. Respecto de aquella primera edición, hemos eliminado los apéndices, pues han sido publicados más recientemente, junto al libro que tiene el lector en sus manos, en *El camino a la verdad es una experiencia*. El motivo de esta edición es facilitar la lectura y el uso, para la meditación personal o comunitaria, de un texto esencial.

Hemos pedido a Jesús Carrascosa, iniciador junto a José Miguel Oriol del movimiento de Comunión y Liberación en España, un nuevo prólogo que ayude a entender la importancia de este texto.

HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA

*A los mayores
que nos saben hablar,
a los pequeños
que nos saben escuchar.*

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA HUMANO

1

Experiencia de lo humano

Después de tanta convivencia con Jesús, después del desastre del Calvario y del misterio de la Pascua, los apóstoles aún habían comprendido muy poco de Él. En efecto, todavía le preguntan que cuándo iba a establecer el reino de Israel, tal y como lo entendían todos entonces, un reino de supremacía terrena y política; ¡y faltaban pocas horas para su ascensión a los cielos!

«Los que estaban reunidos le preguntaron: ‘Señor, ¿es en este momento cuando vas a restablecer el reino de Israel?’»¹.

Si aún no le habían entendido, ¿por qué le seguían? Y había entre ellos personas que habían dejado mujer, hijos, casa, barcas y redes, oficios, negocios. ¿Por qué le seguían?

Porque Cristo se había convertido en su centro afectivo.

¿Cómo era posible esto?

Cristo era *el único* en cuyas palabras se sentía comprendida toda su experiencia y sus necesidades tomadas en serio y clarificadas cuando estaban inconscientes y confusas; por ejemplo, precisamente aquellos que creían no tener más necesidad que el pan comenzaban a entender que «no sólo de pan vive el hombre».

Cristo se les presenta precisamente así, como *Alguien* que viene sorprendentemente a su encuentro, que les ayuda, les explica sus problemas, les cura aunque estén lisiados o ciegos, que hace bien al alma, responde a sus exigencias, está dentro de su experiencia... Pero, ¿cuáles son sus experiencias? Sus experiencias y sus necesidades son ellos mismos, aquellos hombres concretos, su humanidad misma.

Cristo llega, pues, justamente ahí, a mi condición humana, de alguien que por tanto espera algo, porque siente que le falta todo; se pone a mi lado, se presenta como respuesta a mi necesidad fundamental.

Para encontrar a Cristo debemos, pues, ante todo plantear seriamente nuestro problema humano.

Lo primero de todo es abrírnos a nosotros mismos, es decir, darnos cuenta vivamente de

nuestras experiencias, mirar con simpatía lo humano que hay en nosotros. Debemos tomar en consideración lo que verdaderamente somos. Considerar significa tomar en serio lo que sentimos, todo; descubrir *todos* sus aspectos, buscar *todo* su significado.

Hay que estar muy atentos porque demasiado fácilmente no partimos de nuestra experiencia, plena y auténtica. En efecto, a menudo identificamos la experiencia con impresiones parciales, reduciéndola así a una caricatura, como sucede frecuentemente en el campo afectivo, en los enamoramientos o en los sueños sobre el porvenir.

Y, más a menudo todavía, confundimos la experiencia con los prejuicios o con los esquemas quizá inconscientemente asimilados del ambiente. De ahí que en vez de abrirnos en esa actitud de espera, de atención sincera, de dependencia, que la experiencia sugiere y exige profundamente, nosotros imponemos a la experiencia categorías y explicaciones que la bloquean y la angustian, dando por supuesto que la comprendemos. El mito del «progreso científico que resolverá un día todas nuestras necesidades» es la fórmula moderna de esta presunción, una presunción salvaje y repugnante: ni siquiera considera nuestras auténticas necesidades, ni siquiera sabe en qué consisten; se niega a observar la experiencia con ojos claros, y a aceptar lo humano con todas sus exigencias. Por eso la civilización de nuestros días hace que nos movamos ciegamente entre esta presunción exasperada y la más oscura desesperación.

2 Soledad

Encontramos una sugerencia importantísima en la situación de los apóstoles que se describe en los Hechos.

«Y dicho esto, fue levantado en presencia de ellos, y una nube le ocultó a sus ojos. Estando ellos mirando fijamente al cielo mientras se iba, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco y les dijeron: ‘Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado, este mismo Jesús, vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo’»².

Cristo se ha ido, y ellos permanecen allí, parados, con la boca abierta —su esperanza se les ha ido—; desciende sobre ellos la soledad como sobre la tierra la oscuridad y el frío en cuanto el sol se pone. Cuanto más descubrimos nuestras exigencias, más cuenta nos damos de que no las podemos resolver por nosotros mismos, ni tampoco pueden los demás, que son hombres como nosotros. El sentido de *impotencia* acompaña a toda experiencia seria de humanidad.

Es este sentido de impotencia el que engendra la *soledad*. La verdadera soledad no proviene tanto del hecho de estar solos físicamente cuanto del descubrimiento de que un problema nuestro fundamental no puede encontrar respuesta en nosotros ni en los demás.

Se puede perfectamente decir que el sentido de la soledad nace en el corazón mismo de todo compromiso serio con la propia humanidad. Puede entender bien esto todo aquel que haya creído haber encontrado la solución a una gran necesidad suya en algo o en alguien; y luego esto desaparece, se va, o se revela incapaz de respuesta. Estamos solos con nuestras necesidades, con nuestra necesidad de ser y de vivir intensamente. Como uno que está solo, en el desierto: la única cosa que puede hacer es esperar a que alguien llegue. Y la solución no será ciertamente el hombre; porque lo que se trata de resolver son precisamente las necesidades del hombre.

3 Comunidad

Los apóstoles volvieron del lugar donde Cristo había subido al cielo, y permanecieron juntos. «Entonces se volvieron a Jerusalén desde el monte llamado de los Olivos, que dista poco de Jerusalén, el espacio de un camino sabático. Y cuando llegaron, subieron a la estancia superior, donde vivían Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas de Santiago. Todos ellos perseveraban, en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos»³.

Uno que verdaderamente descubra y viva la experiencia de la impotencia y de la soledad, no está solo. Más aún, físicamente, quien tenga experiencia de la profunda impotencia humana y, por tanto, de la soledad personal, se siente cercano a los demás, se estrecha fácilmente con ellos, como gente perdida sin refugio en una tormenta. Su grito lo siente como grito de todos, y su ansia y espera como el ansia y la espera de todos.

Sólo quien tiene verdadera experiencia de la impotencia y de la soledad está con los otros sin cálculos ni dictados, pero al mismo tiempo sin pasividad, sin gregarismo, sin doblegarse y convertirse en esclavo de la sociedad.

Un hombre solamente se puede decir seriamente comprometido con su experiencia humana cuando siente esta comunidad con los hombres —comunidad sin fronteras y sin selecciones, comunidad con cualquiera y con todos—, porque vive el compromiso con lo más profundo que hay en él y, por tanto, con lo que tiene en común con todos.

Un hombre está verdaderamente comprometido con su experiencia humana cuando al decir «yo» vive eso tan sencilla y profundamente que lo siente fraternamente solidario con el «yo» de cualquier otro hombre.

En general la respuesta de Dios alcanzará sólo al hombre así comprometido.

Conviene, en seguida, señalar que esta solidaridad con toda la humanidad se realiza, de hecho, en un ambiente determinado. También en los *Hechos de los apóstoles* la comunidad de los apóstoles surge en una situación (o ambiente) muy concreta. No han escogido ellos los lugares ni las personas; se han encontrado en ellos casi por casualidad, y toda su vida dependerá de esto.

«Y cuando llegaron, subieron a la estancia superior, donde vivían Pedro, Juan, Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas de Santiago»⁴.

«Presentaron a dos: a José, llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Entonces, oraron así: ‘Tú, Señor, que conoces los corazones de todos, muéstranos a cuál de estos dos has elegido para ocupar en el ministerio del apostolado, el puesto del que Judas desertó para irse adonde le correspondía’. Echaron suertes y la suerte cayó sobre Matías, que fe agregado al número de los once apóstoles»⁵.

Así es como nuestra personal humanidad surge, toma forma y se alimenta en un *ambiente* bien concreto: nos encontramos dentro de él, no lo escogemos nosotros.

La atención puesta en comprender todo el ambiente, el ofrecimiento de nuestro sentido de comunidad a todas las personas del ambiente, mide la apertura de nuestro compromiso humano, coincide con la sinceridad de nuestro compromiso con toda la humanidad. No nos toca a nosotros excluir a nadie de la experiencia de nuestra vida humana; la elección le toca sólo a Dios, que la realiza mediante la situación en que nos coloca. Lo contrario sería intimismo nuestro, abuso de un esquema preconcebido por nosotros.

4 Autoridad

Pedro, el tipo más representativo de la comunidad, se levanta y habla. Y le siguen. «Uno de aquellos días Pedro se puso en pie en medio de los hermanos —el número de los reunidos era de unos ciento veinte—, y les dijo: ‘Hermanos, era preciso que se cumpliera la Escritura en la que el Espíritu Santo, por boca de David, había hablado ya acerca de Judas, el que fue guía de los que prendieron a Jesús. Porque él era uno de los nuestros y obtuvo un puesto en este ministerio. Éste, pues, compró un campo por el precio de su iniquidad, y cayendo de cabeza, se reventó por medio y se derramaron todas sus entrañas. Y esto fue conocido por todos los habitantes de Jerusalén de forma que el campo se llamó en su lengua *Haqueldamá*, es decir *Campo de Sangre*. Pues en el libro de los Salmos está escrito:

*Quede su majada desierta
y no haya quien habite en ella*

Y también:

Que otro reciba su cargo

Conviene, pues, que de entre los hombres que anduvieron con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús convivió con nosotros, a partir del bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado, uno de ellos sea constituido testigo con nosotros de su resurrección’»⁶.

En el ámbito en que vivimos existen *de hecho* personas que tienen mayor sensibilidad para una experiencia de humanidad, que tienen *de hecho* una mayor comprensión del ambiente y de las personas, que provocan *de hecho* más fácilmente un movimiento de comunidad. Viven nuestra experiencia más intensamente, más comprometidos; cada uno de nosotros se siente mejor representado en ellos; —estando ellos, uno se siente más a gusto codo a codo con los demás, en comunidad—.

Reconocer este fenómeno es tener lealtad hacia uno mismo y hacia la propia humanidad; es un deber de sabiduría.

Pero el encuentro con quien más siente y comprende mi experiencia, mi sufrimiento, mi necesidad, mi espera, me lleva naturalmente a *seguirle*, a hacerme *discípulo* suyo, por

esa exigencia humana que, al descubrírnos impotentes y solos, nos empuja a unirnos con él.

En este sentido tales personas constituyen naturalmente para nosotros una *autoridad*, aunque no estén condecorados con derechos o títulos. De forma natural se convierte en autoridad el que más lealmente comprende o vive la experiencia humana.

La autoridad surge así como una riqueza de experiencia que se impone a los demás, pues genera novedad, asombro y respeto. Hay una atracción inevitable en ella. Tiene un enérgico poder de sugerir. No valorar la presencia de esta *autoridad de hecho*, de la que el Ser siembra todos los ambientes, es una tacañería que refleja las propias medidas. Cuando los judíos decían de Cristo: «Éste sí que tiene autoridad», abandonaban los planteamientos de los fariseos, y le seguían.

El encuentro con esta autoridad natural educa nuestra sensibilidad y nuestra conciencia, nos hace descubrir mejor de qué estamos hechos, y a qué aspiramos desde el fondo de nuestra actual indigencia.

5 Oración

El versículo 14 del capítulo I de los *Hechos* nos muestra a la comunidad de los apóstoles esperando lo que Cristo había prometido. «Todos ellos perseveraban, en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos»⁷.

El hombre que descubre su impotencia solamente vive la comunidad y siente la «convivencia» con los otros cuando *presiente algo, más allá* de su situación, que es capaz de resolverla. La comunidad surge únicamente allí donde hay un *esperar juntos* (también el hombre y la mujer que verdaderamente se quieren tienen ese presentimiento inextirpable; de lo contrario no están juntos seriamente).

Nuestras experiencias, tomadas verdaderamente en serio, llevan consigo un sufrir, un descubrirse cargados de necesidades, de problemas sin solucionar, de dolor, de ignorancia; verdaderamente tomadas en serio, inexorablemente exigen algo «distinto», algo «fuera» de lo común: tienen, por tanto, una auténtica dimensión religiosa.

Nuestras experiencias tomadas en serio son una auténtica *profecía* (espera, esperanza...) de lo que todavía no se tiene.

El *sentido* de todas nuestras experiencias: eso es lo que todavía no tenemos. Y todos lo esperamos, quizá inconscientemente.

Si esta espera es auténticamente consciente —consciente de la inexorable incapacidad humana y de la sugerencia inexorable de la naturaleza—, entonces se convierte forzosamente en *oración*, oración al «Otro» misterioso que me podrá ayudar a resolver...; oración a ese Dios que... Él hace surgir la pregunta, Él dará la respuesta.

La oración es, por tanto, simple petición, el acto más sencillo para todos y más sentido por todos, el acto más fundamental de la conciencia humana, el acto más concreto que exista.

Reza el que es más realista: quien considera más seriamente su experiencia humana.

Y es petición hecha juntos, en común. El descubrimiento de la impotencia para ser felices constituye el descubrimiento de lo que tenemos más en común con todos los

demás: esta impotencia es efectivamente lo más humano que hay en cada uno.

Entonces también la postura de esperar que ese «Otro» nos ayude es de todos juntos, es comunitaria por naturaleza, de modo que nadie puede adoptarla verdaderamente sin sentirse «un solo corazón» con todos los demás.

EL ENCUENTRO CON CRISTO

1

El Acontecimiento

Lo que hemos descrito como experiencia humana es una prerrogativa de todos los hombres.

El único genio que ha captado bien todos los factores humanos, los ha hecho emerger, y ha revelado su sentido definitivo, valorándolos de modo sorprendente e imprevisible, ha sido Jesucristo.

El encuentro histórico con este hombre constituye el encuentro con el punto de vista resolutivo y clarificador de la experiencia humana.

Es precisamente este encuentro el que nosotros queremos realizar de nuevo. Examinemos, por tanto, los primeros momentos en que surgió el hecho. He aquí su primer apunte histórico:

«Al día siguiente, Juan se encontraba de nuevo allí con dos de sus discípulos. Fijándose en Jesús, que pasaba, dice: ‘He ahí el Cordero de Dios’. Los dos discípulos le oyeron hablar así y siguieron a Jesús. Jesús se volvió, y al ver que le seguían, les dice: ‘¿Qué buscáis?’ Ellos le respondieron: ‘Rabí, —que quiere decir Maestro—, ¿dónde vives?’. Les respondió: ‘Venid y lo veréis’. Fueron, pues, y vieron dónde vivía y se quedaron con Él aquel día. Era más o menos la hora décima»¹.

Uno de los dos es el historiador que narra el hecho y que, ya centenario, recuerda perfectamente el detalle de la hora. Porque aquel hecho marcó para él una nueva vida.

Y el relato prosigue con los encuentros de Felipe y Natanael. Este último era el «viejo» del lugar, cargado de experiencia, atento a no dejarse engañar por nadie. «Ven a ver», le dicen. Éste es siempre el mejor argumento para persuadir. Jesús ve llegar a Natanael y le dice: «He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo». «¿Cómo me conoces?» rebate Natanael, como no queriendo dejarse halagar. «Antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi». Y Natanael cede inmediatamente: «Maestro, Tú eres el Hijo de Dios»².

Este es el momento en que aquel hombre comenzó a crecer en la consideración de los otros.

Los discípulos, después del primer momento de estupor, quedan tan impresionados por lo que Él dice, por cómo les mira, que le aceptan inmediatamente, es decir, le conceden su confianza. Precisamente el capítulo siguiente del Evangelio cuenta el milagro de las bodas de Caná, y termina así: «... Jesús hizo el primer milagro... Y sus discípulos creyeron en Él»³. Esto demuestra que el acontecimiento no tuvo lugar en un minuto.

Si aquellos discípulos, aun reconociéndole como Mesías desde el primer encuentro, no le hubieran visto más, se habrían olvidado de aquel curioso hecho. En cambio, al acercarse a Él de nuevo, profundizaba en ellos aquella impresión primera. En esta convergencia continua de impresiones y sentimientos reforzaban su credo. No es que antes fuesen impostores y que no creyeran; al contrario, seguían la ley de la conciencia humana, que implica esta evolución.

Y, de este modo, aún después de las bodas de Caná, otras veces el Evangelio subraya: «... Y creyeron en Él sus discípulos». Se opera una profundización que lleva al hombre a ese grado de seguridad por el que, en un momento dado, se persuade: *está seguro*.

Tratemos de localizar ahora los *aspectos de la personalidad de Cristo* que se presentaron y se presentan como excepcionales a sus ojos y a los nuestros.

Una presencia extraordinaria

Ante todo Cristo demuestra autoridad y superioridad en todas las ocasiones.

Tratemos de imaginar a todos aquellos que, durante semanas, le ven primero volver allí a la playa, y que luego, durante tres años consecutivos, son testigos de episodios extraordinarios.

Hasta que algunos abandonaron todo para seguirle siempre y a cualquier parte.

Estaban acostumbrados a los agitadores, especialmente en aquellos años en que todos esperaban al Mesías; y ciertamente los agitadores llamaban la atención. Pero Jesús rompe los esquemas habituales. Él no llama a tomar las armas contra el imperio romano. Seguirle los pasos para sorprenderle en algún fallo será la gran preocupación de los jefes: inconsciente misión de testimonio para nosotros.

Son las doce, y Cristo se retira a una pequeña casa para comer, pero la gente se agolpa en la entrada. Cristo continúa hablando; en primera fila están los fariseos. Le llevan un paralítico de veinte años y, no consiguiendo introducirlo por la puerta, lo bajan por el tejado a la espalda de Cristo. Él se vuelve: «Confía, hijo, tus pecados te son perdonados». Inmediatamente los fariseos piensan: «Éste blasfema, ¿quién puede perdonar los pecados sino Dios?» Aquel hombre aparta su mirada del pobre enfermo y, mirando fijamente a los presentes, dice: ¿Qué es más fácil, decir ‘Tus pecados te son perdonados’ o decir ‘Levántate y anda’? Pues bien, yo te digo: ‘Levántate, toma tu camilla y vuelve a tu casa’. Y el otro se carga la camilla a la espalda y se marcha en medio del comprensible griterío de la muchedumbre⁴.

Y continuamente, cada día, cosas por el estilo: «Llegó a la tarde cansado de curar»⁵ —es un estribillo del Evangelio—.

3 El dominador de la naturaleza

Los que le siguen son espectadores de un excepcional dominio sobre la naturaleza.

«Subió a la barca y sus discípulos le siguieron. De pronto se levantó en el mar una tempestad tan grande, que la barca quedaba tapada por las olas; pero Él estaba dormido. Acercándose ellos le despertaron diciendo: ‘¡Señor, sálvanos, que perecemos!’ . Díceles: ‘¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?’ . Entonces se levantó, increpó a los vientos y al mar, y sobrevino una gran bonanza. Y aquellos hombres, maravillados, decían: ‘¿Quién es Éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?’»⁶.

Él nos conoce y comprende

Pero el poder más sugestivo, el que ha hecho capitular a Natanael y nos atrae a cada uno de nosotros, es el dominio de nuestros pensamientos y de nuestros corazones: la comprensión. Para Él es algo normal leer en el hombre su pasado y sus intenciones; de ahí que todos adviertan que incluso la parte secreta de la personalidad humana le pertenece.

Se siente cansado junto a una fuente y viene una mujer a coger agua: «Dame de beber» le pide Jesús, y ella con el aire desenvuelto y poco delicado de ciertas personas le toma el pelo. «Si tú supieses quién te ha pedido ‘Dame de beber’, le pedirías tú a Él». «El pozo es profundo y no tienes con qué sacar el agua, ¿cómo puedes darme de beber?»... «Vete y llama a tu marido». «Pero si yo no tengo marido». «Has dicho bien ‘yo no tengo marido’, porque cinco tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido»⁷. Está vencida.

Cuando se pasaba cerca de las meretrices y de los publicanos había que dar un rodeo de diez metros para no contaminarse, lo que era un modo bastante inteligente para hacer penetrar en las duras cervices la ley moral. Pero Él se comportaba de manera completamente distinta; más aún, hasta se iba a comer con ellos. «Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. Trataba de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: ‘Zaqueo, baja pronto; porque conviene que hoy me quede yo en tu casa’. Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban diciendo: ‘Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador’. Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: ‘Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo»⁸.

Para Él no hay barreras: penetra sin dificultad —sorprendiendo o anticipándose— en la complicada madeja que es el corazón humano. Lo mío es como si fuese suyo.

No existe nada que haga derrumbarse al hombre, derrumbarse en el sentido de abandono total, como el sentirse descubierto y comprendido al mismo tiempo.

5 El Señor de la Palabra

Él mostraba una inteligencia de dialéctica irresistible. Los fariseos y los escribas eran famosos en todo el mundo por su dialéctica; pero frente a Él eran impotentes.

«Entonces los fariseos se fueron y celebraron consejo sobre la forma de sorprenderle en alguna palabra. Y le envían sus discípulos, junto con los herodianos, a decirle: ‘Maestro, sabemos que eres veraz y que enseñas el camino de Dios con franqueza, y que no te importa por nadie, porque no miras la condición de las personas. Dinos, pues, qué te parece: ¿es lícito pagar tributo al Cesar o no?’ Mas Jesús, conociendo su malicia, dijo: ‘¡Hipócritas!, ¿por qué me tentáis? Mostradme la moneda del tributo’. Ellos le presentaron un denario. Y les dice: ‘¿De quién es esta imagen y la inscripción?’. Dícenle: ‘Del César’. Entonces, les dice: ‘Pues lo del César, devolvédsele al César, y lo de Dios, a Dios’. Al oír esto, quedaron maravillados, y, dejándole, se fueron»⁹.

«Pero de madrugada se presentó otra vez en el Templo, y todo el pueblo acudía a Él. Entonces se sentó y se puso a enseñarles. Los escribas y fariseos le llevan una mujer sorprendida en adulterio, la ponen en medio y le dicen: ‘Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. Moisés nos mandó en la Ley apedrear a estas mujeres. ¿Tú qué dices?’. Esto lo decían para tentarle, para tener de qué acusarle. Pero Jesús, inclinándose, se puso a escribir con el dedo en la tierra. Pero, como ellos insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: ‘Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra’. E inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Ellos, al oír estas palabras, se iban retirando uno tras otro, comenzando por los más viejos»¹⁰. La trampa está salvada, y se convierte en un desafío para su hipocresía.

La palabra del Maestro es tan fascinante y tan difícil no tomarla en serio, que conquista y hasta inmoviliza: «Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y a los fariseos. Éstos les dijeron: ‘¿Por qué no le habéis traído?’. Los guardias respondieron: ‘Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre’»¹¹.

6

El pastor bueno

Pero le distingue otra característica. La gente poderosa, capaz de sondear nuestra psicología, la gente que nos habla desde las cátedras —¡es tan difícilmente buena!— Él, en cambio... «[...] tomó a un niño y le puso a su lado»¹². O bien: «Y sucedió que a continuación se fue a una ciudad llamada Naín; e iban con Él sus discípulos y una gran muchedumbre. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda, a la que acompañaba mucha de gente de la ciudad. Al verla el Señor, tuvo compasión de ella, y le dijo: ‘No llores’. Y acercándose, tocó el féretro. Los que lo llevaban se pararon, y Él dijo: ‘Joven, a ti te hablo: Levántate’. El muerto se incorporó y se puso a hablar, y Él se lo dio a su madre»¹³. La experiencia de la bondad es el encuentro con una actitud que valora lo que somos, que da esperanza en lo que seremos; es «la paz en la tierra»¹⁴ porque Dios es bueno.

Y Dios es bueno porque nos salva. La redención es anuncio de positividad en la vida.

Frente a esa gente que le ve tan grande y poderoso, Él se agacha sobre las flores del campo y describe su belleza, habla del sol y de la lluvia, siempre con bondad y delicadeza. Y no: «¡Qué rabia, hoy llueve...!» o «¡Cómo molesta el sol...!». Y la atención que dirige al hombre está llena de comprensión inmensa, de cordialidad sin reservas; hasta todos tus cabellos están contados.

Él siente compasión por el dolor; no logra comer si antes no ha curado. Lloro sobre Lázaro y sollozo sobre la ciudad.

Y era humano no sólo porque fuera tan sensible ante la naturaleza, hacia las cosas más pequeñas del hombre, por su cordialidad; sino porque sabía participar de la alegría humana. Es significativa su valoración del comer juntos. El gesto más significativo de su religión está identificado con una comida. Muchas comparaciones sobre el Reino están tomadas de la cena y la gloria final la describe como un estar a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob¹⁵.

7

¿Quién es éste?

Es completamente natural que la gente que le seguía, y particularmente aquellos que le seguían con continuidad, frente al surgir de tamaña personalidad, llegado un momento determinado se hicieran la pregunta: «¿Pero quién es éste?».

El hombre docto y culto, que por tanto abrevia los tiempos y los espacios porque vive intensamente la experiencia, Nicodemo, rápidamente reconoce que aquel hombre no puede venir más que de Dios.

Pero no de otro modo se comporta aquella otra gente ruda e inculta que le había seguido abandonándolo todo. Romano Guardini, en *La Esencia del Cristianismo*, observa: «Ellos se le acercan, le escuchan, vuelven y terminan experimentando la impresión de una personalidad sin parangón. Esta impresión se va transformando poco a poco en convicción. Jesús es un ser superior a cualquier otro...».

En Él hay algo inexplicable, hay un margen indefinible.

La convivencia con Cristo había generado una evidencia, la evidencia de que era completamente natural, absolutamente justo, tener confianza en aquel hombre. Ir contra aquella evidencia habría sido ir contra sí mismos.

No podían, por tanto, dejar de creer en aquel hombre sólo porque decía palabras que no entendían.

«Precisamente para ser coherentes con lo que hemos visto, para ser coherentes con nosotros mismos, debemos aceptar también lo que no entendemos y que tú dices. Sólo en Ti está el significado de nosotros mismos»: de este modo podríamos traducir nosotros lo razonable de la postura de Pedro en el hecho que describe en el capítulo VI de san Juan¹⁶.

¿Cuál es la diferencia entre la gente exaltada de algunos días antes y este grupito de fieles, entusiasta también, aunque de otra manera? La gente le buscaba conforme a sus propias medidas, y, por esto, cuando Él comenzó a decir por qué motivo había venido — motivo que excedía las expectativas comunes— esa misma gente le abandonó: estaba más apegada a sus propios límites que a la verdad.

Pero el grupo de los fieles no se va, aun no comprendiendo, y ante la pregunta «¿Tú, quién eres?», a la que Él responde misteriosamente: «Yo y el Padre somos una misma cosa»¹⁷, ellos asienten también sin comprender.

Sólo entenderán en Pentecostés, cuando les será dada una genialidad sobrenatural. Como ya hemos observado, todavía pocas horas antes de que subiese al cielo, le preguntan: «Maestro, ¿cuándo harás el reino de Israel?»¹⁸.

Aún después de la muerte y la resurrección comprenden muy poco, pero mantienen entre sí aquella misteriosa respuesta, porque «lo ha dicho Él».

El encuentro, hoy

La humanísima postura de los primeros fieles es la postura de partida inevitable todavía hoy.

Cristo va caminando con los apóstoles y pasa cerca de una roca cortada a pico sobre el camino: «¿Quién dice la gente que soy yo?»... «Y vosotros, ¿quién decís que soy?»... «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo». Pedro pronunciaba palabras sin comprender su significado verdadero y profundo. «Eres afortunado porque esto no te lo ha sugerido tu espíritu, sino Dios. Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»¹⁹.

Todavía hoy el cristianismo se construye sobre una respuesta de este estilo. «La gente, ¿quién dice que soy yo?... Los libros, los profesores, los directores de cine, los publicistas, los jefes de partido, tu padre, tu madre, tus amigos, ¿quién dicen que soy yo?». «...El primer socialista, el primer comunista, el primer liberal, el mayor genio religioso, un visionario, un brujo, un desconocido con nombre afortunado...» «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?».

«Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Nuestra fe adulta, personal, comienza como personal respuesta a esta pregunta.

Mientras exista el mundo, una voz de hombre afrontará la conciencia de los demás hombres para reevocar la pregunta, que es una propuesta: «Y tú, ¿quién dices que soy yo?». Y la respuesta, «Tú eres Dios», nacerá en todos los tiempos de la misma postura y de las mismas razones que Pedro.

Es muy importante destacar cómo este diálogo fundamental, esta decisiva elección interlocutoria tiene un doble componente.

Ante todo el hecho de un encuentro —el encuentro con la realidad de Cristo—, ocasión *inevitable*, acontecimiento ineliminable en la vida del hombre a quien le sucede.

Y en segundo lugar la atención a ese hecho, el responder a ese encuentro y comprometerse con él; y esto no es inevitable, sino *libre*.

El compromiso

Pero, ¿qué quiere decir comprometerse con un encuentro existencial, sino volcar sobre él las energías de la propia sensibilidad y de la propia conciencia, es decir, volcar en él nuestra humanidad?

Entonces el descubrimiento de Cristo como realidad decisiva, a la que unimos con todo nuestro propio mundo, nace como consecuencia de una *convivencia*.

Así pues, cuanto más siente uno su propia humanidad, cuanto más en serio toma sus experiencias y más intensamente vive su existencia, más reveladora será la convivencia con la realidad histórica de Cristo del valor del encuentro que ha tenido.

Cristo se presenta con una pregunta; pero nuestra respuesta coincide con el reconocerle a Él como la única respuesta posible a nuestro camino humano. El compromiso en este camino es no obstante condición para poder acoger y comprender la oferta que supone el encuentro con Cristo. Cuanto más sencillo es el hombre, más vive —quizá sin darse cuenta— ese compromiso: así fueron los apóstoles y los primeros discípulos.

Para el hombre la realidad es oscura, y sus ojos buscan la luz que le dé su sentido. La voz de un hombre dentro de la historia nos alcanza: «Yo soy la luz del mundo: el que me siga no caminará en la oscuridad»²⁰. En el océano de la historia emerge de improviso una Palabra que flota sobre todas las cosas y que da forma y coherencia a todo: «[...] despunta el día y se levanta en vuestros corazones el lucero de la mañana»²¹. Pero sólo prestando atención, sólo haciéndome sensible a aquél y disponible a ésta, podré yo comprender que dicha luz es *verdadera*.

El eco de la propuesta de aquel Hombre y su verificación es la gran aventura de la vida humana. La gran aventura que hace de la vida y de la historia un camino colmado de sentido, en lugar de una disolución continua de instantes; la gran aventura que libera del sentimiento de inutilidad, y se erige en la fuerza de la esperanza.

Hay un trozo del Evangelio que reproduce magníficamente el drama de este diálogo entre la conciencia del hombre y la presencia de Cristo. «Al acercarse al pueblo a donde iban, Él hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le forzaron diciéndole: ‘Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado’. Y entró a quedarse con ellos. Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo

partió, y se lo iba dando. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero Él desapareció de su lado. Se dijeron uno a otro: ‘¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?’»²².

Aquel gesto del partir el pan vivido juntos resulta para ellos una hipótesis luminosa que explica el camino con el inesperado acompañante; a la luz de ese gesto «verifican» toda la experiencia de aquel encuentro.

Podemos, ahora, hacernos una sola pregunta: ¿cómo es posible que no hubiera surgido antes en ellos aquella hipótesis? Que surja la hipótesis es un *don*, es *Gracia*,

EL DON DEL ESPÍRITU

La experiencia de lo divino

«Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello. Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa [...] y os persuadirá de todo lo que os quiero decir»¹. Los apóstoles se habían encontrado casualmente con una realidad excepcional, fascinante, profundamente persuasiva: y la aceptaban, pero no se daban cuenta completamente de lo que significaba. De ella conservaban y respetaban las palabras, pero les daban la medida de su concepción de las cosas, sin percibir lo que ocultaban dentro. Repetían las definiciones que Él daba de sí, sin captar exactamente su misterio.

San Pablo pone un lúcido ejemplo. El animal se da cuenta de la presencia del hombre y reacciona a su comportamiento y a sus gestos. Y, sin embargo, no aterra la realidad que está encerrada en ellos, permanece al margen de la realidad que reflejan: no «comprende». El animal carece de la sonda para descender al abismo del pensamiento y del amor, no tiene el instrumento adecuado para captar el misterio de un mundo diferente: el animal carece del «espíritu» humano. Por eso le es extraño, aunque se acurruque a sus pies, le frote las piernas o lama la mano: le falta la connaturalidad con el hombre. «Del mismo modo, —concluye san Pablo— nadie conoce lo íntimo de Dios, sino el Espíritu de Dios»². A Cristo le ha encontrado verdaderamente sólo quien posee su Espíritu: «El que no tiene el Espíritu de Cristo, no le pertenece»³; por tanto es un extraño, un incapaz de descubrir su hechura íntima, su naturaleza secreta, alguien que no puede familiarizarse con Su misterio.

Sin el advenimiento de su Espíritu, el hombre puede encontrar en Cristo a un tipo grande, una figura de hombre excepcional, rebelde a cualquier reducción categórica, tal vez extraña, irresistiblemente persuasiva para el común esperar de los sencillos, entusiasmante para la fresca enérgica de los hombres apasionados por la justicia, peligrosísima para las formas responsables del orden establecido: todo esto fue para sus contemporáneos. O bien tan grande como para parecer quizá un mito dramático y conmovedor: y esto puede ser así para la escéptica desesperación del hombre de hoy. Pero sin el advenimiento de su Espíritu, el hombre —los apóstoles o nosotros— permanece en el oscuro límite de estas perspectivas; para el hombre, Cristo permanece como un rostro enigmático y misterioso.

Sin el advenimiento de su Espíritu, Él queda como otra llamada a la dolorosa espera

humana, intensamente destacada entre el bosque de las otras voces; pero la clave interpretativa sigue todavía en el ambiguo límite del corazón, en el melancólico límite del pensamiento del hombre.

De este modo Cristo sería un nuevo objeto que afrontar, un nuevo riesgo que correr a ciegas, no un *nuevo* criterio, *otra* luz, finalmente *nueva*; porque toda la existencia consciente nos grita que el sentido de esta tierra nuestra está más allá de nuestro horizonte.

Así el encuentro con Cristo permanecería en la angustia de la experiencia puramente humana; y la visión de la realidad —nuestra cultura—, condenada al extravío en el enigma del ser y del destino, no liberada de su impotencia, no «redimida».

Pero un día *factus est repente de coelo sonus tamquam advenientis spiritus vehementis ubi erant sedentes... , et repleti sunt omnes Spiritu Sancto*⁴.

Entonces, de improviso, comprendieron quién era aquel hombre al que habían seguido.

La experiencia de su encuentro con aquel hombre, de su larga convivencia con Él —apasionada, ansiosa, incierta—, de repente se plasma en otra experiencia, absolutamente imprevista, desconcertante: la experiencia de la realidad divina, el encuentro, la convivencia con Dios, luminosa, segura, fuerte.

Cristo así presente, así de concreto para nosotros, uno de nosotros, es al mismo tiempo aquel «más allá» que resuelve el enigma de la existencia. Cristo es el sentido de la historia y el Señor del universo. Cristo es el punto de vista que explica cada cosa. La experiencia de Pentecostés constituye el advenimiento de la *cultura cristiana*: el descubrimiento definitivo de la «luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo».

El primer gesto que los *Hechos de los apóstoles* recuerdan es la primera gran afirmación de esta nueva cultura, de esta nueva y definitiva visión de la realidad «no revelada por la carne ni la sangre, sino por el Padre que genera todas las cosas». Inmediatamente, en efecto, frente a gente venida de todas las partes del mundo de entonces, Pedro anuncia el descubrimiento de Cristo como la clave del plan de Dios. Es el grito inextinguible de esta toma de conciencia, el gran testimonio que penetra en el mundo y en la historia desde cada palabra de la primera predicación cristiana.

Toda la experiencia humana es iluminada desde el punto de vista de Dios. Es el anuncio del criterio definitivo de la verdad: el advenimiento de la cultura definitiva.

La experiencia del don

La comunicación del espíritu de Dios es llamada en la Liturgia *donum Dei Altissimi*. No es un darse cuenta humano, una humana conquista, ni siquiera es una previsión humana, y mucho menos un derecho humano: es puro *don*.

Así, pues, la llegada del Espíritu de Dios a nosotros es un puro acontecimiento, una sorpresa total: un don absoluto.

Sólo hay algo comparable: la gratuidad abismal de nuestro mismo ser, de nuestra misma existencia.

Pero no sería don una cosa de la que no nos fuese dado su significado. Nosotros no reconoceríamos como don la vida y el universo si no esperásemos la revelación de su sentido.

Así el Espíritu de Pentecostés es el Don por excelencia, porque es Él quien nos arrastra adentro del misterio de Cristo, haciéndonos penetrar en la experiencia de esa persona que explica y resuelve toda nuestra realidad. *Fides mundi lumen*.

Con el advenimiento de este Don, la soledad humana se disipa. La experiencia humana ya no es experiencia de una impotencia desoladora, sino de una conciencia y una capacidad enérgica, como indica el fuego que fue signo de la venida del Espíritu: *fortiter et suaviter*.

La oscuridad temerosa de la conciencia de los apóstoles se transforma en una lucidez animosa (véanse sus primeros encontronazos con las autoridades civiles y religiosas).

La existencia se llena de una inmensa certidumbre: «Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe»⁵.

Ellos ya no están solos, pues experimentan la promesa de Cristo: «No os dejaré huérfanos»⁶.

Verdaderamente el hombre ya no está solo, porque de ahora en adelante el grito más auténtico de la lucha de la existencia es el de san Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta»⁷. No es que el hombre pierda sus limitaciones y enfermedades —es que

Otro acompaña al hombre «como gigante en su camino»⁸. Una nueva existencia se abre camino: y en la fuente de esta «nueva criatura» dentro de las frágiles venas humanas se inserta misteriosamente el ímpetu irresistible de la presencia de Dios. La fuerza del hombre reside en Otro, su certeza radica en Otro: la existencia es ahora un diálogo profundo, la soledad es abolida en la raíz misma de cada momento de la vida.

Existir es ser amados, definitivamente: «Él es fiel a Su amor»⁹; y abandonarse a este amor, definitivamente: «Para mí el vivir es Cristo»¹⁰.

La existencia humana es entonces una amistad inagotable y omnipotente.

3

La comunidad nueva

La soledad, tal como la hemos descrito, pone al hombre junto a los demás, y le familiariza con ellos en la experiencia de la necesidad universal; la comunidad que surge así es como la única experiencia de abrigo, de dulzura pasajera y de seguridad concreta para gente desorientada.

Los intentos de remediar todo lo que sentimos que nos falta consisten en un trabajo ansioso, de resultados ambiguos y frágiles, que cada generación se atormenta en denunciar y cambiar, cuando, como a menudo sucede, «la ira de buscar su vacío»¹¹ impulsa al hombre a impaciencias desconsideradas, a violencias amargas y a presunciones trágicas. La civilización humana crea de este modo comunidades con tramas tan precarias e ilusorias que parecen trampas, en lugar de huellas para seguir un camino real.

La superación de la soledad en la experiencia del Espíritu de Cristo no junta simplemente al hombre con los demás; le abre de par en par a ellos desde la profundidad de su ser.

La verdadera vida del hombre, el sentido de la existencia de cada uno es entonces Cristo: la vida y el sentido de todos es una sola realidad: «Yo soy la vid y vosotros los sarmientos»¹². La comunidad se convierte en algo esencial para la vida de cada uno. La solidaridad humana se transforma en Iglesia. El «nosotros» resulta plenitud del «yo». «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos»¹³ —escribe san Juan a los primeros cristianos—.

Una unidad tan absolutamente imprevisible como indisoluble hace de la Iglesia la redención de la comunidad humana, el ideal realizado de la comunidad. «Para que todos sean uno. Como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado»¹⁴.

La certidumbre del camino y la fuerza del Espíritu animador genera en dicha comunidad una actividad sin pausa de la conciencia («Os digo que de toda palabra ociosa que hableis daréis cuenta en el día del Juicio»¹⁵), una laboriosidad indomable (meditemos nuevamente la parábola de los talentos), donde la dedicación llega hasta la muerte (el buen pastor da la vida por sus ovejas). Una fecundidad y una intensidad de obras, así

como un orden íntimo impulsan desde el fondo la vida de la comunidad que nace del advenimiento del Espíritu: «Te conjuro en presencia de Dios y de Cristo Jesús que ha de venir a juzgar a vivos y muertos, por su manifestación y por su reino: proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo, reprende, amenaza, exhorta toda paciencia y doctrina»¹⁶. Esta vigilante pasión por el tiempo, por las cosas, por las personas, recrea la convivencia de los hombres entre ellos y con las cosas. *La comunidad cristiana inexorablemente crea una nueva civilización.*

Y cuanto más precisa es la fidelidad al Espíritu de Cristo, más se experimentan las tramas de esta civilización como caminos ideales y definitivos.

El encuentro con cualquier comunidad cristiana que trate decididamente de vivir en el nombre de Cristo muestra inevitablemente un modo de convivencia, un clima y un ritmo humano tan distinto del usual, que no puede dejar de impresionar a quien lo observa como algo nuevo, extraño, desconcertante, como el ideal humano.

Autoridad única

La autoridad suprema es aquélla en la que encontramos el sentido de toda nuestra experiencia: Jesucristo es esta autoridad suprema, y su Espíritu es quien nos lo hace comprender, abriéndonos a la fe en Él y a la fidelidad a su persona.

«Como el Padre me ha enviado a mí, así os envío yo»¹⁷: los apóstoles y sus sucesores (el Papa y los Obispos) constituyen en la historia la continuación viva de la autoridad que es Cristo. En su dinámico sucederse en la historia y multiplicarse en el mundo, el misterio de Cristo es propuesto sin descanso, clarificado sin errores y defendido sin compromisos. Ellos constituyen, pues, el lugar en el que la humanidad puede alcanzar el verdadero sentido de su existencia, con su profunda evolución, como una fuente segura y continuamente nueva.

Lo que el genio es al clamor de la necesidad humana, o el profeta al de la humana espera, son ellos al anuncio de la respuesta. Pero igual que la respuesta auténtica es siempre incomparablemente más precisa y concreta que la espera —inevitablemente vaga o sujeta a ilusiones—, también ellos son como roca definitiva y segura: infalible. «Tú eres Pedro y sobre esta piedra construiré mi Iglesia»¹⁸.

Su autoridad no sólo constituye el criterio seguro para esa visión del universo y de la historia que es la única que agota su significado; sino que también es estímulo vivo y tenaz para una cultura auténtica, sugerencia incansable de una visión total, condena inexorable de cualquier exaltación de lo parcial y de toda idealización de lo contingente, esto es, de todo error y de toda idolatría. Su autoridad es, por tanto, la guía última en el camino hacia una genuina convivencia humana, hacia la *verdadera civilización*.

Allí donde esa autoridad no está viva y vigilante, o bien es combatida, el camino humano se complica, se hace ambiguo, se altera, se desvía hacia el desastre; aunque el aspecto exterior parezca potente, florido, sagacísimo como hoy día. Donde esa autoridad es activa y respetada, el camino de la historia se renueva con seguridad y equilibrio hacia aventuras más profundas de genuina humanidad; aunque las técnicas de expresión y convivencia sean rudimentarias y duras.

Conviene subrayar una observación importante. Fue el don del Espíritu el que hizo evidente a los apóstoles el valor de Cristo como «Camino, Verdad y Vida»; y eso hizo posible en ellos aquella entrega consciente y luminosa que constituyó la raíz de su

irresistible coraje y de la vehemente seguridad con que afirmaron a su Maestro frente a la cultura y la civilización de entonces.

Todavía hoy, el don del Espíritu es el que permite descubrir el significado profundo de la *autoridad eclesial* como orientación suprema para el camino humano; he aquí de dónde nace ese último abandono, esa obediencia altamente consciente a ella, porque ya no es ella el lugar de la Ley, sino el lugar del Amor. Fuera del influjo del Espíritu uno no puede comprender la experiencia de esa devoción definitiva que liga al «fiel» con la *autoridad*, devoción que se afirma a menudo en la Cruz de la mortificación de la genialidad o el plan de vida personales.

De todo lo que hemos meditado un poco más arriba podemos también concluir, por tanto, que sin el don del Espíritu el hombre no sabe reconocer a los maestros de la verdadera civilización, y la humanidad no encuentra la fuerza y la sabiduría para construir un camino unitario, equilibrado y luminoso.

5
«Padre Nuestro»

Fruto supremo de toda esta renovación que trae por el don imprevisible del Espíritu es que el hombre se hace capaz de nuevas palabras y de nuevos gestos.

La palabra y el gesto son la expresión del modo en que el hombre ve, siente, afronta y se compromete con la realidad.

La urgencia de las necesidades humanas, los inagotables intentos de satisfacerlas, la inevitable e intolerable perplejidad final, todo ello inspira, plasma y suscita continuamente el clamor de la palabra humana o el compromiso del gesto humano: clamor y compromiso tan exigidos por la naturaleza como inciertos e imprecisos en sus términos, cuando la violencia no les otorga además la fijación o la obtusidad morbosa de la locura. El hombre tiende y aspira; pero no sabe a qué. El don del Espíritu y el descubrimiento y la aceptación de Cristo como centro de todas las cosas dan, finalmente, al compromiso del hombre —a la palabra y al gesto— términos definitivos, una conciencia que llena la disposición de la razón y establece la premisa para una libertad plena, un objeto preciso y sin ambigüedades.

La oración cristiana es el grito nuevo, «la palabra redimida». «Nosotros no sabemos lo que debemos pedir: es el Espíritu el que nos lo sugiere... Y nos hace gritar: Abba, Padre»¹⁹.

La observación de San Pablo recuerda aquel estupendo documento humano y cristiano que es la primera parte del capítulo XI de san Lucas: «Y sucedió que, estando Él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: ‘Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos’. Él les dijo: ‘Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea Tu nombre, venga tu reino, danos cada día nuestro pan cotidiano, y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe; y no nos dejes caer en tentación’».

Les dijo también: «Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: ‘Amigo, préstame tus panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle’, y aquél, desde dentro, le responde: ‘No me molestes; la puerta ya está cerrada y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dártelos’, os aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite. Yo os digo: ‘Pedid y se os dará; buscad y

hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide recibe; el que busca halla; y al que llama se le abrirá. ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará, en lugar de un pez, una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dará un escorpión? Si, pues, vosotros siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuántas el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»²⁰.

La aspiración del hombre se traduce en un «Tú» personal, conocido y preciso como el de la madre, y en una petición clara, exhaustiva, en una plena conciencia de la relación que media entre los términos del diálogo: «Padre nuestro... venga Tu reino..., perdónanos nuestras deudas... líbranos del mal...». «Nadie puede decir: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo»²¹.

Y la redención del gesto es *el Sacramento*.

Con él el compromiso existencial no corre ya el grave peligro de emborracharse o de pervertir la ruta al intentar alcanzar la auténtica realidad mediante la entrega afanosa a la apariencia de las cosas; en el gesto del Sacramento, del signo sensible que compromete al hombre, le conduce con seguridad infalible a tocar la realidad divina. De ahí que ningún gesto humano realice con tan tranquila plenitud esa aspiración que empuja al hombre a la acción.

Hay una consecuencia maravillosa de esta redención de la palabra y del gesto humanos; y es que la dimensión comunitaria nace en el corazón mismo de la palabra nueva y del gesto nuevo, de la oración o del sacramento; de tal modo que ya no se puede hacer una auténtica petición a Dios o un auténtico compromiso con Él que no estén al menos implícitamente abiertos a toda la comunidad de su reino. La apertura comunitaria determina la verdad de la palabra y la justicia del gesto de cada cual. «Cuando oréis lo haréis así: Padre nuestro, venga Tu reino». «Todos nosotros somos una sola cosa que participamos del mismo pan»²².

La impotencia de ser felices constituye en nuestro camino común la sugerencia más aguda para vivir juntos. Pero mucho más profundamente nos hace descubrir que somos una misma cosa la revelación de que la felicidad de cada uno es una Realidad común a todos: *Idem Spiritus... idem Dominus... idem Deus*²³.

La *liturgia* es la expresión mayor de la novedad en la oración y el gesto de la que el Espíritu hace capaz al hombre.

Ella genera la forma suprema de la comunidad terrena, donde cada uno es valorado en toda su plenitud, precisamente en la aceptación de la comunión universal de los hijos de Dios, y donde hasta la naturaleza material —el tiempo y las cosas— es asumida en un gesto unitario que verdaderamente representa el comienzo de la redención de la misma

naturaleza física de la que habla san Pablo: «Nosotros sabemos que, en realidad, hasta aquel día toda la creación gime, como con dolores de parto»²⁴.

Por esta plenitud suya, la liturgia se convierte en el único lugar de genuina y completa educación para recibir el Espíritu y para seguir su acción transformadora.

LA EXISTENCIA CRISTIANA

1

Vocación

El hombre sólo encuentra la energía necesaria para la acción en la claridad y la seguridad.

El advenimiento del Espíritu arrolló la pusilanimidad de los apóstoles, y suscitó la aventura más intensa, valiente y dinámica que conoce la historia del espíritu humano.

«Tú sólo, Señor, me das seguridad»¹. El descubrimiento de Cristo como centro de todo elimina el miedo y le hace sentir al hombre una capacidad de contacto dominador con todo: «todo es vuestro, vosotros de Cristo, y Cristo de Dios (*omniavestra sunt, vos autem Christi, Christi autem Dei*)»².

Esta nueva cultura obliga más concretamente a una concepción densísima de la vida, con una actividad ininterrumpida y una responsabilidad sin escapes. Tal actividad es un verdadero «servicio» en cada instante, en cada palabra («sea que comáis, sea que bebáis»³: servicio al *Reino*, es decir, ese plan pra el cosmos en el que Cristo es la cabeza de toda realidad. La existencia de cada cual tiene sentido (por tanto, es auténtica) sólo en cuanto está en función de su reino.

Una función prevista por el Ideal que ha establecido la trama misteriosa de todo: por eso cada *conciencia* lo es precisamente en cuanto se da cuenta de estar destinada a una tarea, y esta toma de conciencia nace del encuentro entre Dios y cada hombre, del acontecimiento de la *vocación*.

El lugar donde dicho encuentro se realiza de modo completo es Cristo: la vocación de cada hombre es un acontecimiento que sucede en el ámbito de la realidad personal y misteriosa de Cristo: «Habéis sido creados en Cristo Jesús...»⁴.

Darse cuenta de la propia vocación, plantear la vida siguiendo su llamada, concebir la existencia como un servicio al Todo: he ahí el compromiso vital de nuestro ser al que obliga lúcidamente el Espíritu de Cristo, dando la fuerza para comenzar y para ser fieles.

La concepción moderna de la vida en ningún aspecto se manifiesta tan lejana del Espíritu de Cristo como en este punto. El criterio con el que la mentalidad de hoy acostumbra a mirar el futuro se centra en el provecho o el gusto o la comodidad para el individuo. El camino a elegir, la persona que amar, la profesión a desarrollar, la facultad donde

matricularse: todo está dispuesto de modo que se erija como criterio absoluto la utilidad particular del individuo. Y esto parece tan obvio y supuesto que el vuelco que provoca la llamada resulta, aún a muchas personas honradas, un desafío al buen sentido, un engreimiento, una exageración. Son acusaciones repetidas incluso por educadores que se sienten cristianos, o por padres a los que preocupa el éxito humano de sus hijos: los juicios sobre las situaciones personales y públicas, los consejos para vivir bien, las advertencias o las reprimendas, todo está dictado desde un punto de vista del que está totalmente ausente la devoción al Todo y la preocupación por el Reino, y exiliada la realidad de Cristo. «¿Quién me podrá dar todo? ¿Cómo conseguir la mayor ventaja posible todo?»: éstos son los criterios inmanentes de la sabiduría más extendida y del buen sentido más reconocido.

En cambio la mentalidad cristiana invierte esas preguntas, las contradice, las mortifica, y agiganta justamente el imperativo opuesto: «¿Cómo podré darme con todo mi ser, servir más al Todo, al Reino, a Cristo?» Éste es el único criterio educativo de la personalidad humana tal y como la ha redimido la luz y la fuerza del Espíritu de Cristo.

La primera juventud es la única etapa donde pueden desarrollarse segura y *fácilmente* la sinceridad lúcida y comprensiva y la magnanimidad tenaz que requiere la concepción cristiana de la existencia.

La profunda disponibilidad de toda nuestra vida para el servicio al Todo es de extrema importancia precisamente para comprender *cuál* es la función que estamos llamados a desarrollar, *cuál es la vocación personal*. Lo que debo hacer, lo que debo ser, mi vocación, no se me presenta normalmente como un mandato concreto, sino más bien como una sugerencia, una invitación. La vocación, que es el significado de mi vida, se me presenta más como posibilidad entrevista, que como ineluctabilidad inequívoca. Mas aún, esto es más verdadero cuanto más fundamental e importante es la tarea a realizar. La conciencia, en su aspecto más puro y sugestivo, sugiere muy discretamente: es la inspiración. Así, mi estatura personal la decido yo adhiriéndome positivamente a posibilidades delicadísimas.

2 Caridad

La aceptación de la vida como vocación, como función del Todo, define la existencia con un profundo destino: *compartir* la realidad de la que originalmente se nace y de la que continuamente se depende; un profundo destino en *participar de ella, aceptándola y ofreciéndose a ella, como a la voluntad de Dios, como a su Reino. La aceptación de la vida como vocación* compromete la existencia como *caridad*.

Recojamos en los orígenes de la nueva humanidad redimida por el Espíritu de Cristo los paradigmas más excepcionales por su riqueza y la sencillez del amor: *Ut sint consummati in unum*⁵.

«Entonces llamaron de nuevo a los apóstoles; y después de haberles azotado, les intimaron que no hablasen en nombre de Jesús. Y les dejaron libres. Ellos —los apóstoles— marcharon de la presencia del Sanedrín contentos por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por su nombre. Y no cesaban de enseñar y de anunciar la Buena Noticia de Cristo Jesús cada día en el Templo y por las casas»⁶.

«Hermanos; una vez más os digo que nadie me tenga por insensato, y en todo caso, toleradme como insensato, permitiéndome que un poco me gloríe. ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son descendencia de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? Hablando locamente, más yo: en trabajos, más; en prisiones más; en azotes, mucho más; en peligros de muerte, muchos más. Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. Tres veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, tres veces padecí naufragio, un día y una noche pasé en los abismos; muchas veces en viaje me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; trabajos y fatigas en prolongadas vigiliass muchas veces, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y desnudez; esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de preocupación por todas las iglesias.

¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze? Si es menester gloriarse, me gloriaré en lo que es mi flaqueza. El Dios y Padre del señor Jesucristo, que es bendito por los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el etnarca del rey Aretas puso guardias en la ciudad de los damascenos para prenderme, y por una ventana, en una espuerta, fui descolgado por el muro, y escapé a sus manos»⁷.

Los primeros apóstoles *siguieron* verdaderamente al Maestro que describía Su alma en la parábola del Buen Pastor, donde la caridad revela toda su exigencia de iniciativa, creatividad y vigor. «¿Quién de vosotros, si tiene cien ovejas y pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va detrás de aquella perdida, hasta que la encuentra? Y una vez hallada, se la pone alegre sobre sus hombros, vuelve a casa, y llama a los amigos y vecinos diciéndoles: alegraos conmigo, porque he hallado mi oveja perdida»⁸.

3

Universalidad

La naturaleza misma de la acción cristiana, es decir, el compartir, indica perentoriamente su ámbito, que es ilimitado; comprometerse en una genuina experiencia de cariño significa abrirse de par en par al universo. Todo límite impuesto desde el interior a la amplitud de nuestra existencia, mortifica el amor; éste, el amor, no es en efecto un gusto, ni un cálculo, y ni siquiera un inteligente plan nuestro; consiste en una humilde adhesión al ser tal como se nos ofrece.

De ahí que la característica esencial y la verificación definitiva de la existencia cristiana sea su ilimitada apertura y por tanto su *universalidad*.

Pero también cualquier compromiso auténticamente humano es necesario que se extienda a todos, porque la humanidad pertenece inevitablemente a todos; y una atención a la propia experiencia humana no es verdadera si se aparta —quizá inconscientemente— de la experiencia de todos.

Sin embargo, la claridad de una perspectiva universal y la energía para seguirla concretamente son más un don que una conquista, más fruto de un encuentro que de una genialidad personal. Son fruto del Espíritu.

Entonces se comprende por qué el primer gesto de los apóstoles después de Pentecostés —el discurso de Pedro a los hebreos— testifica de modo tan inequívoco y clamoroso la entrega a un ideal sin límites.

Apenas el mandato del Señor —«Id y predicad a todas las gentes»⁹— se convirtió, por el don del Espíritu, en arrolladora y concreta realidad, la Iglesia conoció la llegada de la madurez: porque uno sale de la infancia y se siente adulto sólo al encaminarse hacia lo universal.

Es la comprobación de un gesto decididamente humano, de un trabajo fecundo, porque finalmente ha sido restituido a sus dimensiones origina les.

Ninguna existencia cristiana es tal si no refleja esta clara apertura al universo. Dicha apertura no se realiza en el desprecio imposible o el desinterés inhumano por lo particular, sino más bien en el modo en que se vive lo particular. Familia o amistad, clase o escuela, estudio o profesión pueden convertirse de vez en cuando en objeto de

severo compromiso y de entrega genuina; pero *el motivo del compromiso* debe trascender todas las cosas y todos los nombres, no se debe apegar a ninguna particularidad, por alta que ésta sea. Cualquiera puede encontrar fácilmente el gusto o las razones para ocuparse del pequeño ámbito que le circunda; pero toda opción que no tenga otros motivos más allá de sí misma no es sino un egoísmo dilatado, un sentimentalismo injusto. Por desgracia la usanza de nuestros días afirma elocuentemente, incluso en la altisonante mentira de sus cacareados universalismos, la incapacidad de superar una perspectiva a pesar de todo limitada; incapacidad que pronto se convierte en imposibilidad para ser fieles a lo particular, experimentado así como algo estrecho y mezquino, como una cárcel.

Al contrario, la segura libertad de una existencia cristiana, su vigilante desapego de todo particularismo, su decidida prontitud para toda auténtica novedad, constituyen por sí solas una segura promesa, una profecía del advenimiento del Reino:

«Oráculo del Señor Dios:

He aquí que están para llegar días en los cuales enviaré mi hambre sobre la tierra: no un hambre de pan, no una sed de agua, sino hambre y sed de oír la palabra de Dios. Y ellos irán errantes de un mar a otro, y del Septentrión al Oriente; e irán aquí y allá buscando la palabra de Dios, y no la encontrarán.

En aquellos días desfallecerán de sed las muchachas y los jóvenes»^{[10](#)}.

Notas

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA HUMANO

1

Experiencia de lo humano

[1](#) Hch 1,6.

2

Soledad

[2](#) Hch 1,9-11.

3

Comunidad

[3](#) Hch 1,12-14.

[4](#) Hch 1,13.

[5](#) Hch 1,23-26.

4

Autoridad

[6](#) Hch 1,15-22.

5

Oración

[7](#) Hch 1,14.

EL ENCUENTRO CON CRISTO

1

El Acontecimiento

[1](#) Jn 1,35-39.

[2](#) cf. Jn 1,45-49.

[3](#)

2

Una presencia extraordinaria

[4](#) cf. Mt 9,1-8.

[5](#) cf. Mc 1,32 s.

3

El dominador de la naturaleza

[6](#) Mt 8,23-27.

4

Él nos conoce y comprende

[7](#) cf. Jn 4,1-30.

[8](#) Lc 19,1-18.

5

El Señor de la Palabra

[9](#) Mt 22,15-22.

[10](#) Jn 8,2-9.

[11](#) Jn 7,45-46.

6 El pastor bueno

[12](#) Lc 9,47.

[13](#) Lc 7,11-15.

[14](#) cf. Lc 9,47.

[15](#) Sobre todo esto, cf. el capítulo primero de Karl Adam, *Cristo, nuestro hermano*. Herder, Barcelona.

7 ¿Quién es éste?

[16](#) cf. Jn 6,67-69.

[17](#) cf. Jn 10,30.

[18](#) cf. Hch 1,6.

8 El encuentro, hoy

[19](#) cf. Mt 16,13, 15-17.

9 El compromiso

[20](#) Jn 8,12.

[21](#) 2 P 1,19.

[22](#) Lc 24,128-32.

EL DON DEL ESPÍRITU

1

La experiencia de lo divino

¹ cf. Jn 16,12s.

² cf. Cor 2,11.

³ Rm 8,9.

⁴ cf. Hch 2,1-4.

2

La experiencia del don

⁵ cf. 1 Jn 5,4.

⁶ cf. Jn 14,18.

⁷ cf. Fl 4,13.

⁸ cf. Sal 18,6.

⁹ cf. Lc 1,54.

¹⁰ cf. Fl 1,21.

3

La comunidad nueva

¹¹ Giovanni Pascoli, *Primi Poemetti*, «El libro».

¹² Jn 15,5.

¹³ 1 Jn 3,14.

¹⁴ Jn 17,21.

¹⁵ Mt 12,36.

[16](#) 2 Tm 4,1-2.

4 Autoridad única

[17](#) cf. Jn 20,21.

[18](#) cf.Mt 16,17s.

5 «Padre Nuestro»

[19](#) cf.Rm 8,26.

[20](#) Lc 11,1-13.

[21](#) 1 Cor 12,3.

[22](#) 1 Cor 10,17.

[23](#) Ef 4,5; 6.

[24](#) Rom 8,22.

LA EXISTENCIA CRISTIANA

1 Vocación

[1](#) Sal 4,9.

[2](#) 1 Cor 3,22s.

[3](#) Rom 10,31.

[4](#) Ef 2,10.

2 Caridad

[5](#) Jn 17,23.

[6](#) Hch 5,40-42.

[7](#) 2 Cor 11,16-33.

[8](#) Lc 15,4-6.

3 Universalidad

[9](#) Mt 28,19.

[10](#) Am 8,11-13.

ÍNDICE

- [Prólogo a la presente edición](#)
- [Introducción del autor a la edición italiana de 1977](#)
- [Planteamiento del problema humano](#)
 - [1. Experiencia de lo humano](#)
 - [2. Soledad](#)
 - [3. Comunidad](#)
 - [4. Autoridad](#)
 - [5. Oración](#)
- [El encuentro con Cristo](#)
 - [1. El Acontecimiento](#)
 - [2. Una presencia extraordinaria](#)
 - [3. El dominador de la naturaleza](#)
 - [4. Él nos conoce y comprende](#)
 - [5. El Señor de la Palabra](#)
 - [6. El pastor bueno](#)
 - [7. ¿Quién es éste?](#)
 - [8. El encuentro, hoy](#)
 - [9. El compromiso](#)
- [El don del Espíritu](#)
 - [1. La experiencia de lo divino](#)
 - [2. La experiencia del don](#)
 - [3. La comunidad nueva](#)
 - [4. Autoridad única](#)
 - [5. «Padre Nuestro»](#)
- [La existencia cristiana](#)
 - [1. Vocación](#)
 - [2. Caridad](#)
 - [3. Universalidad](#)
- [Índice](#)
- [Obras de Luigi Giussani publicadas en español](#)

OBRAS DE LUIGI GIUSSANI
publicadas en español

En EDICIONES ENCUENTRO

Afecto y morada

Aprendiendo a rezar

Atractivo de Jesucristo, El

Autoconciencia del cosmos, La

Camino a la verdad es una experiencia, El

Compromiso del cristiano en el mundo, El

Conciencia religiosa en el hombre moderno, La

Crear huellas en la historia del mundo

Curso básico de cristianismo (volumen único)

Curso básico de cristianismo/1.

El sentido religioso

Curso básico de cristianismo/2.

Los orígenes de la pretensión cristiana

Curso básico de cristianismo/3.

¿Por qué la Iglesia?

De un temperamento, un método

Decisión para la existencia

Educar es un riesgo (nueva edición)

En busca del rostro humano

Está, porque actúa

Fraternidad de Comunión y Liberación, La

Hombre y su destino, El

Huellas de experiencia cristiana

Jóvenes y el ideal, Los

Llevar la esperanza

Milagro de la hospitalidad, El
Mis lecturas
Moralidad, memoria y deseo
Movimiento de Comunión y Liberación, El

Para vivir la liturgia: un testimonio
Rostro del hombre, El

¿Se puede vivir así?
Sentido de Dios y el hombre moderno, El
Sentido religioso, El

Templo y el tiempo, El

Vía Crucis

Yo, el poder, las obras, El

En SAN PABLO

Toda la tierra desea ver tu rostro

En la experiencia de los apóstoles, Cristo era el único que se tomaba en serio sus necesidades. Hoy también se propone como respuesta a nuestra necesidad original. Por eso, para encontrar a Cristo, es necesario ante todo plantear seriamente nuestro propio problema humano. El encuentro histórico con este hombre constituye el punto de vista resolutivo y clarificador de la experiencia humana. Este pequeño y sencillo libro presenta con toda su originalidad la propuesta inicial de Luigi Giussani a los jóvenes que comenzaron la experiencia que después tomaría el nombre de Comunión y Liberación.

ISBN DIGITAL: 978-84-9920-553-3

«Unamuno decía que había dos tipos de libros: los de leer y los de comer. Estos últimos son esos libros que se subrayan, y que se vuelven a leer y releer porque alimentan la propia existencia. *Huellas de experiencia cristiana es uno esos*» (Jesús Carrascosa).



EE
ENCUENTRO
BOLSILLO

Índice

Prólogo a la presente edición	6
Introducción del autor a la edición italiana de 1977	11
Huellas de experiencia cristiana	12
Planteamiento del problema humano	13
1. Experiencia de lo humano	14
2. Soledad	16
3. Comunidad	17
4. Autoridad	19
5. Oración	21
El encuentro con Cristo	23
1. El Acontecimiento	24
2. Una presencia extraordinaria	26
3. El dominador de la naturaleza	27
4. Él nos conoce y comprende	28
5. El Señor de la Palabra	29
6. El pastor bueno	30
7. ¿Quién es éste?	31
8. El encuentro, hoy	33
9. El compromiso	34
El don del Espíritu	36
1. La experiencia de lo divino	37
2. La experiencia del don	39
3. La comunidad nueva	41
4. Autoridad única	43
5. «Padre Nuestro»	45
La existencia cristiana	48
1. Vocación	49
2. Caridad	51
3. Universalidad	53
Índice	61
Obras de Luigi Giussani publicadas en español	62